

Alineación e integración del negro caribeño en la obra reciente de Quince Duncan de Costa Rica

En su última novela *La paz del pueblo*, publicada por Editorial Costa Rica en 1978, el escritor afro-costarricense Quince Duncan se sirve de una breve escena en un bar de clientela variada en Puerto Limón para definir el racismo al uso tico. Cuando la señora Mariot, mulata hija de una criolla de sangre inglesa y del cochero negro jamaicano, defiende al joven Pedro Dull por su participación en la huelga bananera le contestan:

—Vos callate, chumeca, o te echamos del país. Que vaya a Jamaica a joder.

—No molestar al cliente—dijo el

chino—aquí todos vienen a comprar en paz.

—Vos te callás también, chino he-diondo. Yo no sé por qué hay tantos extranjeros aquí. Y vienen a meter ideas en la cabeza de la gente pacífica. ¡Por la gran puta!

—El negro y el chino se saben defender solos—dijo Pérez— pero los estás insultando y no quiero que tengan la impresión de que todos los ticos somos así. De modo que te callás o te rajo el gaznate, pedazo de hijoeputa. (p. 171-72)

Aquí, a la par que como en sus anteriores obras de ficción, Quince Duncan ofrece un buen recuento de las tensiones peculiares que distinguen al distrito de Limón en Costa Rica, donde el autor mismo se crió, y se identifica, a la vez, con todo un elemento poblador de la costa atlántica que vive todavía marginado en cierta medida de la vida nacional coentroamericana. Se trata del negro caribeño que emigró a finales del siglo XIX y principios del XX desde las islas británicas en bancarrota —principalmente en Jamaica, pero también de Barbados, St. Kitts y otras— a las repúblicas de Centroamérica en busca del trabajo prometido por el enganchador— o sea, la construcción del ferrocarril, del canal de Panamá, o en la industria bananera—. Como señala Duncan en esta misma novela, es una zona lingüística y cultural que abarca “desde



Mamá Bull se repiten las danzas de la secta Pocomía o Pocomanía, culto minoritario de famosos hechiceros con devotos tanto en Jamaica como en Limón, (1) al acompañamiento del himno protestante: “Viajemos unidos al río Jordán / donde suena gozosa angelical / la palabra que mueve la gracia que se da / viajemos unidos al Jordán [...]” (p.10). Por fin, la rebelión contra el ferrocarril duró un mes. La Guardia Civil, o sea, la autoridad latina, “legó al puerto al mando de un tal capitán Castro, o Pérez, o López” (p. 11), y acabaron con la hermandad Pocomía. *Mamá Bull* fue la postrer víctima de la rebelión y uno de los sublevados, Jean Paul, inmigrante de Santa Lucía, “murió una muerte sin memoria en la isla La Uvita, acribillado a balazos. Dicen que fue ultimado por un negro” (p. 12).

Como es obvio, se posterga el día de la victoria, y algunos jamaicanos de Limón, lejos de compartir los principios y el coraje de los rebeldes, repudian a sus hermanos de raza y se entregan a los latinos para la persecución de la hermandad. Como sustenta Quince Duncan en otras obras, asimismo antes de morir *Mamá Bull* en este cuento denuncia la docilidad, el egocentrismo y la falta de conciencia social que condenan al negro caribeño a la nueva esclavitud en Centroamérica. Dice ella que “como cangrejos en barril serán siempre; ninguno saldrá nunca porque el otro se lo impedirá” (p. 12). Por supuesto, a lo largo de toda su obra Quince Duncan alude con preocupación a la falta de solidaridad, frente a la discriminación latina, que distingue a los negros limonenses—divididos entre sí por los intereses económicos y clasistas y por los diferentes matices de la piel—. En este sentido, en su última novela, Duncan subraya la aportación al concepto de fraternidad de Marcus Garvey, refiriéndose a menudo al negro jamaicano de piel oscura, descendiente de cimarrones, fundador del Movimiento universal para el mejoramiento del negro, quien estuvo varias veces en Limón donde se le dio siempre una acogida entusiasta y un firme apoyo financiero. (2) Sin duda, el mensaje de Garvey fue todo lo contrario de los mulatos de piel clara que defienden, en la novela, la llamada “paz del pueblo” Aquí Duncan señala, a la vez, que el destino espiritual de la raza tampoco puede dejarse en manos de los pastores de la religión cristiana, la religión, en fin, del blanco. Así por ejemplo, habla contra los huelguistas la señora Been Brown, baluarte de la iglesia protestante:

Anoche estuve oyendo una charla de esos que siguen a Garvey. Esos locos que pretenden que volvamos a Africa, a la barbarie, al paganismo. Estaban hablando de la huelga que tengo entendido, afecta a los intereses de un prominente miembro de esta iglesia, y yo esperaba oír de parte de ellos alguna manifestación de solidaridad, alguna inclinación hacia la justicia. Yo me dije que aunque equivocados, tienen buenas intenciones. Pero no: todo lo que oí fue de grandes imperios africanos que sólo en la mente de ellos existen, y del derecho que tienen los pueblos a resistir la opresión, y sobre todo, el derecho que tienen los negros a resistir la opresión por cualquier medio que consideran adecuado. Yo les pregunto: ¿eso es cristianismo? El espíritu responde por mí: ¡Aleluya! (p.149-50).

A continuación, se aclara que Pedro Dull, uno de los huelguistas que han venido de afuera para “mancillar la paz, [...] a predicar el odio y no el amor” (p. 149) si bien es “comunista” (p. 156) también es de “esos de Garvey que quieren un país nuevo. Es peligroso” (p. 159).

Al pasar revista aquí de algunos de los temas dominantes en la obra reciente del costarricense Quince Duncan, hemos que-

FORJA 68

MAYO 1981

Consejo de Redacción:

Ivonne Jiménez

Juan C. Flores

Carlos Morales

Diseño:

Víctor Hugo Navarro.

SUPLEMENTO CULTURAL
PUBLICACION MENSUAL DEL
SEMANARIO UNIVERSIDAD

el ferrocarril, después de numerosas crisis, trágicos accidentes y muchos muertos de entre los obreros inmigrantes, uno de los ingenieros americanos Minor Keith, que se hacía pasar por inglés entre los jamaicanos, fundó la compañía frutera que más adelante llegaría a ser, fundiéndose con otra compañía similar en los Estados Unidos, la United Fruit Company. (4). De modo que, desde su fundación hasta los años 30, la industria bananera sirve de base a la economía y la vida limonenses, y es prácticamente el único empleo que se brinda al negro caribeño que, en aquella época, no podía pasar legalmente más allá del pueblo de Turrialba, un pueblo del interior a igual distancia entre Limón y San José, y que no podía naturalizarse costarricense. Ya para el segundo decenio del nuevo siglo, empiezan a ponerse de manifiesto los primeros signos de decadencia en las bananeras, situación que empeora desastrosamente con las enfermedades del banano que llegan a Costa Rica desde Panamá. Luego, estalló la huelga del 34, huelga que figura prominentemente en la novela de Duncan *La paz del pueblo*, donde el autor dice en tono irónico: "la compañía perdió millones en esa huelga. La compañía que le ha dado tanto a Costa Rica. Y lo peor es el mal ejemplo" (p. 89). A raíz de ese mal, ejemplo dado por el negro costeño en su acción colectiva contra la United Fruit, la compañía traslada en el 34 sus operaciones bananeras al Pacífico, creando así en Golfito y en el territorio vecino una nueva zona de intereses. Por otra parte, aunque no habrá convenido enteramente con la United Fruit en todas sus manipulaciones, el gobierno costarricense se apresuró en aquella ocasión a promulgar otra ley destinada a controlar a la población negra, que por lo pronto no lograba nacionalizarse y tampoco eran súbditos británicos ya. En diciembre de 1934, "queda prohibido en la zona del Pacífico, ocupar gente de color en dichos trabajos (de producción y explotación bananera) (5)". No hay que olvidar que se realiza un cambio notable en ese patrón de discriminación legal en Costa Rica, permitiéndole al negro la libertad de movimiento dentro del país y abriéndole el camino a la ciudadanía, sólo a partir de 1949 bajo la tutela de José Figueres y el Partido Liberal Nacional (6).

En efecto, la huelga del 34, a la par que como el sino del obrero costeño, ha sido tema literario en otras ocasiones, empujando por *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas (1941), donde se retrata al negro con simpatía. Partidarios de la misma tendencia en la literatura costarricense de penetrar en el mundo del negro costeño, han sido Joaquín Gutiérrez con sus novelas *Manglar* (1947) y *Puerto Limón* (1950), y Fabián Dobles en algunos cuentos suyos, para nombrar un par de ejemplos (7).

Sin embargo, la voz más auténtica y más conmovedora que se ha levantado a favor de la minoría negra es la de Quince Duncan, bisnieto de jamaicanos, cuya familia lleva cuatro generaciones en Costa Rica. En este sentido habla siempre desde una óptica privilegiada que comprende la psicología de la mayoría latina, mientras da voz a una conciencia histórica y racial



muy particular. Como señala en una ocasión Joaquín Gutiérrez, también nacido en Puerto Limón en 1918, la aportación original de su paisano Duncan a las letras centroamericanas parte de una "visión insólita" con que "nos mira desde adentro por un resquicio por donde sólo los negros costarricenses podrán mirarnos (8)". Por otra parte, ya que dentro del medio social donde nació y se crió Duncan —aislado, ignorante, marginado, pobre— no son frecuentes los escritores y menos de prosa en español. Así, por ejemplo, cuenta el autor que cuando salió en julio de 1969, su primer libro de relatos —*El pozo y una carta*— él se trasladó a Limón a venderlo personalmente. "La gente con que hablaba", afirma él, "me decía que era una maravilla que un negro escribiera (9)".

Para resumir, dentro del panorama litera-

rio centroamericano, la obra de Quince Duncan ha puesto de manifiesto una conciencia literaria, humana y política que nos lleva a esperar de él otras contribuciones de valor duradero. Si fuéramos a estudiar más a fondo sus escritos hasta la fecha, el aspecto que más nos interesaría analizar sería el papel de la religión de origen africano tal como se manifiesta, a veces como factor determinante, en la vida de sus personajes. Como indica Duncan en otra ocasión, el negro es por definición cultural de mentalidad religiosa y del África hereda la tendencia hacia la pluralidad y la tolerancia (10).

Si bien la superstición y la religión que legaron los antepasados que creían en los espíritus de los muertos, pudieran ser un obstáculo a la asimilación de la población limonense por la Costa Rica latina, también como materia literaria contribuyen en buena parte al ambiente irreal y soñador que tienen muchos cuentos y fragmentos de la prosa de Duncan. También, desde la perspectiva antropológica, la conservación del panteón africano en América y su combinación con la religión de los blancos dominantes en las sociedades esclavistas constituye un capítulo importante en la historia de la diáspora. En el caso de Duncan, su obra da voz a un elemento social de una formación muy especial, ya que emigraron desde territorio inglés, donde *obeah* —poder en africano, por extensión poder espiritual que se puede usar para protegerse o para atacar— se había mezclado con el protestantismo; y en la costa atlántica de Centroamérica sufrieron un segundo exilio y un segundo proceso incompleto de aculturación.

En resumidas cuentas, Duncan ha puesto en evidencia una conciencia de ser dual con una misión regeneradora en el epígrafe que antepone a uno de sus últimos relatos "Los mitos ancestrales", incluido en *La rebelión Pocomía*. Allí cita al indio A. Sivinandan, también formado culturalmente en las postrimerías del imperio británico, diciendo: "Al margen de la cultura europea, el intelectual de color es un artefacto de la historia colonial. Es una criatura de dos mundos y de ninguno (11)". Hacia la fusión de esos dos mundos se ha encaminado Quince Duncan, joven afro-costarricense, de un extraordinario talento expresivo, cuya obra, a nuestro juicio, merece ser conocida por un público más amplio hispanoparlante.

NOTAS

- (1) Véase del mismo Duncan *El negro en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1972, p. 104-106. Para la descripción de otros cultos entre los esclavos de Jamaica, consúltense de Horace Orlando Patterson: *The Sociology of Slavery*, Rutherford, N.J., Fairleigh Dickinson University Press, 1975 y de Albert J. Raboteau: *Slave Religion*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.
- (2) Véase de E. David Cronon: *Black Moses. The Story of Marcus Garvey*, Madison, Wis., University of Wisconsin Press, 1969 y el *El negro en Costa Rica*, un ensayo de Carlos Meléndez Chaverri: "El pensamiento de Marcus Garvey", p. 183-203.
- (3) *El negro en Costa Rica* trae biografías de numerosos negros costarricenses, inclusive la de Duncan, p. 249.
- (4) Para esta historia, véase *El negro en Costa Rica*, p. 93, y de Carlos Monge Alfaro: *Historia de Costa Rica*, 14 ed., San José Librería Trejos, 1976.
- (5) Cit. En *El negro en Costa Rica*, p. 79.
- (6) Para el papel de Figueres, véase *El negro en Costa Rica*, p. 146, y también de John Patrick Bell: *Crisis in Costa Rica. The Revolution of 1948*, Austin, University of Texas Press, 1971.
- (7) Sobre este tema consúltense el libro de Duncan *El negro en la literatura costarricense*, San José, Editorial Costa Rica, 1975.
- (8) Este comentario aparece en la contraportada de *La paz del pueblo*. De los pocos comentarios que hemos visto sobre la obra de Duncan, son de interés los de Richard L. Jackson, en su *The Black Image in Latin American Literature*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1976.
- (9) Cit. en la contraportada de *El negro en Costa Rica*.
- (10) *El negro en Costa Rica*, p. 109.
- (11) La cita original en inglés aparece en la p. 73, y la traducción al español en la contraportada como una definición de la carrera literaria de Duncan.

